



El experimento

Es un día especial en los Laboratorios Zapodus. El modernísimo Centro de Investigación, edificado en una de las colinas que dominan Muskrat City, está repleto de gente.

Los científicos más eminentes de la ciudad están reunidos en el salón del sótano del instituto, y se oye un murmullo de saludos y comentarios excitados. Entre ellos hay astrónomos, astrofísicos, investigadores y también muchos periodistas. Camareros con bandejas de pastelitos se mueven entre la multitud, que mira a su alrededor curiosa y satisfecha de ese recibimiento.

El evento que va a tener lugar en los Laboratorios Zapodus es de gran importancia para la

El experimento

comunidad científica: se trata de la inauguración de un **modernísimo** acelerador de partículas, un instrumento de investigación de vanguardia, **PROYECTADO** por Stephen Gerbil, una autoridad en el campo de la física mundial.

Y él, naturalmente, es el invitado de honor.



El eminente científico y premio Ratinobel de Física está explicando el funcionamiento de la máquina entre los flashes de los fotógrafos.

FLASH FLASH FLASH

—¡Bienvenidos! Hoy es un gran día para los Laboratorios Zapodus...

Los reporteros presentes, que de ciencia no entienden nada, se limitan a apuntar hacia él sus cámaras y **MICRÓFONOS**. Entusiasmado, Gerbil camina rápidamente, explicando a los presentes el funcionamiento de los aparatos que va señalando.

—Estamos a punto de asistir a un gran paso en la investigación de la naturaleza del universo.

—Entonces se detiene frente a un extraño aparato—. ***¡Esto que ven aquí es nuestro novísimo acelerador de partículas...***

El experimento

Los invitados observan admirados un gigantesco tubo metálico que ocupa gran parte de la sala, para después meterse por una galería que se adentra en las entrañas de la colina.

—...que pronto nos permitirá observar con nuestros propios ojos el **FENÓMENO FÍSICO** que, probablemente, ha dado origen al universo! ¿Cómo? Pues ¡es sencillísimo! El acelerador emitirá un campo magnético, que

PROYECTARÁ UN HAZ DE ELECTRONES...

La explicación ha captado por completo la atención de los presentes. O casi.

Entre los invitados, en primera fila, también están Metomentodo Quesoso y Copérnica. Metomentodo, que acaba de llegar de Ratonía, bosteza ruidosamente, mientras Copérnica toma rápidos apuntes en su **LIBRETA**, que luego se guarda en el bolso.

—¡Este ordenador es enorme! Pero ¿para qué servirán todas esas palancas y lucecitas? ¡Mira ese tubo, debe de ser tres veces más **largo** que el tobogán de entrada de nuestra base secreta! —murmura Metomentodo mientras sigue bostezando.

La enésima vez que se **DesPereza**, Copérnica se vuelve hacia él:

—¡Un poco de contención, Metomentodo! —le susurra.

Metomentodo se calla y vuelve a apuntar el morro hacia Gerbil, frotándose los ojos e intentando **ENFOCARLOS** bien.



El experimento



El profesor, impertérrito, prosigue su docta explicación.

—...y entonces, lo que ocurrirá será la repetición de algunas de las circunstancias que han dado origen a

nuestro **UNI-**
VERSO.

Sólo que en proporciones microscópicas. Pero nuestros **INSTRUMENTOS** sofisticadísimos podrán analizar los resultados obtenidos y...

Metomentodo empieza a dormitar, ocultándose la cara con el cuello de la gabardina.

Copérnica se da cuenta y le da un codazo:

¿SE PUEDE SABER QUÉ ESTÁS HACIENDO, METOMENTODO?

Metomentodo se espabila y le dice a la cocinera-científica de la familia Quesoso:

—¡Pienso que —le susurra—, de entre todos los científicos sabihondos aquí reunidos, tú eres la mejor, y seguramente la menos aburrida!

COPÉRNICA SONRÍE...

—Chist... Sabes bien que reservo mis habilidades sólo para vosotros, los superhéroes. Para todos los muskratenses yo soy la cocinera de la Mansión Quesoso, nieta de un famoso inventor... ¡También yo debo esconder mi verdadera identidad! —Sísisi... —se *ríe* Metomentodo—. Lo que nos ha permitido tener un par de invitaciones para esta aburrida fiestecita.

—Si me han invitado a esto es sólo porque mi abuelo era el inventor Tycho Rate.

—Sísisi... —dice Metomentodo tamborileando con los dedos sobre un aparato—. ***Pero es que nunca suelo pasearme por Muskrat City sin mi supertraje...***

Entonces vuelve a mirar el acelerador.

El experimento

—Copérnica, estos tubos ¿no te recuerdan a

CONDUCTOS DE LAS ELOACAS?

—pregunta divertido el detective de Ratonía. Algunos de los científicos que lo rodean se vuelven hacia él, invitándolo a guardar silencio.

—En efecto, así es —contesta Copérnica en voz baja, cogiéndolo del brazo—. Pero la verdad es que en el interior de ese tubo, dentro de pocos minutos, sucederá algo sorprendente: podremos ver los secretos del Universo.

**¡BRAVOBRAVOBRAVO!
¡EMOCIONANTE!**

—finge interesarse Metomentodo, acercando la nariz al gran conducto metálico.

—¡Señores! ¡¡¡Miren pero no toquen, por favor!!! —lo amonesta Gerbil.



Los **PROFESORES** miran a Metomentodo con desaprobarción. Por fin, después de una última e interminable explicación, el profesor Gerbil se aclara la voz y **anuncia**:

—Pero ¡ahora, basta de palabras! ¡Ha llegado el momento tan esperado!

Gerbil les hace una seña a los técnicos, que empiezan a trastear con los mandos del ordenador. El enorme **ACELERADOR** de partículas comienza a zumbiar sumisamente y el suelo de la sala vibra cada vez más. Los presentes **CONTIENEN** el aliento.

—¡Encendido! —exclama Gerbil.

Al oír esas palabras, un investigador le tiende

El experimento

una cajita verde con un vistoso **BOTÓN** rojo que el científico pulsa con gesto solemne. El **ORDENADOR** central parpadea con luces amarillas y rojas. ¡Del grupo de invitados se elevan exclamaciones asombradas que suben de tono hasta convertirse en verdaderos **GRITOS!**

Metomentodo le lanza una ojeada, por detrás de Copérnica.

—Eh, ahí... ¡está pasando algo!

Y, en efecto, algo parece turbar a los invitados, que empiezan a **MOVESE** convulsamente. Profesores, científicos, periodistas se empujan unos a otros y algunos están a punto de arrollar a un estupefacto Stephen Gerbil, aplastándolo contra el gran **TUBO** zumbante.



Metomentodo tira de Copérnica hacia sí y se abre paso entre la multitud.

—¡Disculpen! ¡Disculpen! ¡Dejen paso!

En el último momento, consigue agarrar al perplejo científico y arrastrarlo hasta un lugar seguro.

—Pe-pero ¿qué sucede? —farfulla el profesor, cada vez más pálido.

—¡Por mil bananillas! ¡¡¡Ya estamos otra vez!!!

—exclama Metomentodo—. Siempre tiene que estar de por medio...

¡la Banda de los Fétidos!